

De haber sido concebida algunos lustros antes y no haberla truncado el movimiento espiritual de post-guerra ¿qué hubiera resultado de esta poesía armónica y fuerte que Ventura García Calderón no vaciló alguna vez en calificar, con exactitud, de *puritana*? Acaso un neorromanticismo bergsoniano, (*) de definiciones muy netas, pero impregnado todavía y cálido de una alta temperatura cordial.

Al lado de Enrique González Martínez, en la redacción de *Pegaso* y, más tarde, en los primeros salones de *México Moderno*, se distinguía la figura de Ramón López Velarde. Muy inteligente, muy noble y de sensibilidad muy bien orientada hacia los más agudos hallazgos del color y del gusto, los jóvenes hallaron en él las cualidades y los defectos que faltaban a González Martínez. Sus sentidos, ante todo, de espléndida virginidad natural ya sin embargo refinada y exquisita, acaso en virtud de la provincia católica en que el poeta vivió los primeros años de su niñez y de su juventud. Y, con sus sentidos, su estremecimiento espiritual, menos metódico y grave que el de González Martínez, más espontáneo en cambio, y más conmovedor.

(*) Es curioso, en efecto, hacer notar cómo coincide la poesía de Enrique González Martínez con cierto aspecto — el más conocido sin duda — de la filosofía expresada por el autor de *La Evolución Creativa*. El recogimiento, la intimidad, que Bergson preconiza para la captación de la vida profunda — son, precisamente, la esencia del pensamiento que impregna la obra de González Martínez. También su fe, su especie de misticismo laico, su recreación por la vida, por las técnicas de su intuición, por los cambios pragmáticos de su conciencia.